

NOTAS SOBRE LA INFLUENCIA DEL RACISMO EN LA OBRA
DE NICOLAS PALACIOS, FRANCISCO A. ENCINA
Y ALBERTO CABERO

I. EL MOMENTO HISTÓRICO CHILENO

LAS RESPUESTAS ESENCIALMENTE NOVEDOSAS y diferentes para los problemas fundamentales, a nivel social, nacen, por lo común, en las épocas de crisis, de situaciones difíciles, cuando el sistema social al cual pertenecen los autores de las ideas nuevas está amenazado, o, como diría Toynbee, se enfrenta a un "desafío". Así, para comprender por qué en Chile se expresaron ideas racistas hacia comienzos del siglo XX con fuerza suficiente para transformarse en el trasfondo ideológico (por lo menos parcial) de numerosas obras de análisis social, así como de la historia general de Chile de más difusión escrita hasta el día de hoy, tenemos que atender a este fenómeno.

La idea de que Chile vivía una crisis de grandes y profundas dimensiones es un tema que se plantea una y otra vez durante el primer cuarto del siglo XX chileno. Sin que existiera una concordancia en la naturaleza de la misma, personeros de diversos sectores sociales y políticos denuncian el problema, algunos de manera dramática.

Parece natural que los testimonios más vivos los encontremos entre los sectores que poseían una mejor información o tenían una mayor capacidad de análisis. Vale decir, los políticos y los intelectuales.

En 1903, Alberto Edwards Vives, refiriéndose al sistema político imperante, decía: "Mientras no se busquen otros medios, que los ya gastados e inservibles, ensayados en los últimos años, el sistema parlamentario y el gobierno continuarán siendo presa de intereses mezquinos, y de miserables e infecundas dominaciones"¹.

¹ Edwards, Alberto: *Historia de los partidos políticos chilenos*. Ed. del Pacífico, Santiago, 1949, pág. 110.

Testimonios como éste continuaron apareciendo en los años siguientes. Entre los más notables: el libro "Raza chilena" de Nicolás Palacios, aparecido en 1904; "La conquista de Chile en el siglo XX" de Tancredo Pinochet Le Brun, publicado en 1909; "Sinceridad" de Alejandro Venegas, en 1910; "Nuestra inferioridad económica" de Francisco Antonio Encina, en 1911; el artículo "Ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana" de Luis Emilio Recabarren publicado también por la época del Centenario de la Independencia Nacional; los opúsculos políticos y obras de economía de Guillermo Subercaseaux y de Agustín Ross; los artículos de análisis histórico y político de Alberto Cabero; etc.

Prueba de esta conciencia de crisis es que, en oposición a la ideología liberal dominante, ciertos grupos comienzan a mirar con añoranza las ideas y gestiones políticas autoritarias de la primera mitad del siglo XIX. Se enaltecen las figuras de Portales, Montt y otros.

Otros sectores toman rumbos diferentes en su afán de enfrentar la crisis nacional. Los partidos Conservador y Liberal (en sus varias facciones) no van más allá de un cambio en la retórica, pero el Partido Radical, sin abandonar sus objetivos laicizantes y anticlericales, incorpora a su programa político ideas de reivindicación económica y justicia social. Por otra parte, nacen grupos de ideas socialistas o anarquistas en el norte salitrero, en los puertos, en las minas de carbón de Arauco.

Una crítica social violenta viene de estos sectores. En las asambleas radicales de las provincias de Tarapacá, Antofagasta y Coquimbo, así como en los mitines y en la prensa obrera, proliferan las acusaciones contra un sistema que se apoyaba sobre una base oligárquica, que sabía amparar muy bien la propiedad privada y el capital, pero que se mostraba indiferente ante las penurias del obrero. Tal era el planteamiento también del principal dirigente popular de entonces, Luis Emilio Recabarren. Incluso entre algunos grupos conservadores la cuestión social adquiere importancia a la luz de las encíclicas de León XIII.

Pero, repito, los más golpeados por este sentimiento de crisis nacional son los intelectuales chilenos, los que, siguiendo un hábito latinoamericano, buscan en las corrientes de pensamiento europeas más en boga en el momento las respuestas a sus inquietudes criollas. Aparecen interpretaciones que reflejan diversas tendencias del pensamiento europeo de ese entonces, las que más o menos forzosamente son adaptadas a la realidad nacional con la intención de que proyecten una luz esclarecedora de los problemas chilenos. Entre estas corrien-

tes intelectuales tomadas en préstamo a Europa encontramos al racismo, objetivo de este trabajo.

El afán de entregar una explicación racista a los problemas chilenos se dio principalmente, casi exclusivamente, entre intelectuales de definida tendencia nacionalista.

El primero de los pensadores racistas chilenos es un médico, Nicolás Palacios, quien reunió una serie de cartas y artículos que escribiera en los primeros años de este siglo, en un libro que tituló "Raza Chilena" y que fue publicado en 1904, produciendo considerable impacto por su contenido. El libro de Palacios, que analizaremos más adelante con alguna detención, a pesar de lo muy discutible de sus tesis, o por lo menos de la gran mayoría de ellas, influyó particularmente en el grupo de jóvenes intelectuales nacionalistas reunidos alrededor de la figura de Guillermo Subercaseaux. Este grupo formaría luego el Partido Unión Nacionalista, del que fueron conspicuos militantes Alberto Edwards V. y Francisco Antonio Encina, quien posteriormente, en su monumental *Historia de Chile*, recoge muchas de las ideas de Nicolás Palacios.

En este trabajo nos preocuparemos, dentro de su brevedad, de esclarecer el nexo Palacios-Encina, analizando el racismo de uno y otro.

El tercer autor que analizaremos es Alberto Cabero, hombre público y pensador chileno posterior a Palacios y contemporáneo de Encina, pero que a diferencia de éste, no comulga con las ideas del médico, aun cuando también es claramente racista.

El racismo de Cabero podría ser catalogado de moderado. Está contenido en una serie de conferencias que dictó en la ciudad de Antofagasta durante el verano de 1926, en las cuales realizó un análisis amplísimo de la sociedad chilena desde una perspectiva multidisciplinaria. En este análisis, el aspecto racial ocupa un lugar preponderante.

Las conferencias fueron reunidas posteriormente en un libro que con el título *Chile y los Chilenos* fue publicado ese mismo año 1926.

Como veremos, si bien los tres autores a analizar tienen en común la apreciación racista de la sociedad chilena como clave para comprender su evolución y realidad, difieren considerablemente en sus premisas y conclusiones. El más interesante de estudiar es sin duda Encina, pero no porque su pensamiento sea el más original, coherente o simplemente sólido, sino porque su racismo, reflejado en su visión de la Historia de Chile, ha ejercido y ejerce en el presente una influencia difícilmente mensurable sobre la idea que el chileno medio tiene de su pasado, sus cualidades como pueblo, sus instituciones y personajes.

Nos preocuparemos primero de Nicolás Palacios, después de su discípulo Encina, para terminar analizando el pensamiento de Alberto Cabero.

2. EL TRASFONDO INTELECTUAL EUROPEO DEL PENSAMIENTO RACISTA CHILENO

A partir de la publicación, en 1859 de "El Origen de las Especies", la teoría evolucionista recibió sólida aceptación en el mundo intelectual europeo.

Pero la idea de la selección natural que permitía la supervivencia de sólo los mejores, ya sea por obra de los trabajos del propio Darwin, ya sea por los de otros científicos y pensadores —en particular Spencer—, trascendió muy pronto del plano de lo meramente biológico o antropológico. El esquema darwiniano fue aplicado a los entes sociales, hasta transformar el llamado "Darwinismo Social" en una verdadera filosofía de la historia.

Otra rama de la teoría de la selección natural de los más aptos, propia de la época y de considerablemente mayores implicancias sociales y políticas, fue el racismo. El padre del racismo, teoría que comúnmente se asocia con los pueblos germanos, fue sin embargo un francés, el conde de Gobineau, nacido en 1816 y por lo tanto criado en un ambiente imbuido por el pensamiento ultraconservador de la Restauración.

Gobineau, a partir de una idea de Henri de Boulainvilliers, encontró en la idea de la raza un factor legitimante y justificatorio de la situación de privilegio legal de la nobleza dentro de un modelo social a lo "Antiguo Régimen". A juicio de Gobineau la nobleza "debía" constituir un estamento privilegiado, un elemento superior y directivo dentro de la sociedad francesa, porque, científicamente, lo era: pertenecía a una raza superior.

Para el conde, la nobleza francesa sería de raza ario-nórdica, en tanto que el grueso de la población de Francia (estado llano) constituiría una mezcla en la que predominarían elementos latinos, mestizos e inferiores.

Gobineau expresó su pensamiento en su libro "Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas", aparecido en 1853, posiblemente como forma de rechazo, por parte del autor, a las revoluciones liberales de 1848. Este libro, ignorado en un primer momento, llegaría a impactar al ambiente intelectual europeo.

La influencia de Gobineau fue recogida por diversos e importantes pensadores. Se sabe que durante la vida de su autor (murió en 1882) leyeron el "Ensayo": Renan, Taine, Nietzsche, Wagner, Schopenhauer, Viollet le Duc, Merimeé, Brocá, Sorel y otros². Posteriormente, con la creación de la escuela sociológica, Gobineau fue estudiado por algunos de los que serían sus discípulos más fieles y críticos más agudos. Entre los primeros: Le Bon, Vacher de Lapouge, Gumplowicz. Entre los segundos Durkheim, Levi-Bruhl y otros³.

Así, las ideas de Gobineau, complementadas o apoyadas científicamente por las de Darwin y Spencer, ejercieron profunda influencia, la que vino a culminar durante los años del nazismo alemán.

Pero, ¿en qué consistía la teoría racial de Gobineau?

Se centraba y giraba alrededor de tres ideas: Las características diferentes y especiales de ciertas razas; los peligros de las mezclas de sangre de razas diferentes y el problema de la decadencia como consecuencia de lo anterior.

En cuanto a las razas, Gobineau las divide en tres fundamentales: la blanca; la amarilla y la negra. La primera poseería todas las más nobles cualidades: virilidad, energía, superioridad. La amarilla se caracterizaría por su estabilidad y fertilidad; en tanto que las características de la negra serían la sensualidad y el impulso artístico.

Cuando se mezclan dos razas nace una civilización, la que puede ser de carácter "patriarcal" o "matriarcal", dependiendo del tipo de raza que predomine en ésta⁴. Toda civilización lleva en sí el germen de la destrucción, germen que se desarrolla a medida que aumenta la mezcla entre la sangre de la raza inferior presente en los grupos sociales bajos con la de la casta superior dirigente, constituida por la raza superior.

Los discípulos de Gobineau completaron esta Filosofía de la historia racista. El sociólogo austriaco Ludwig Gumplowicz escribe en 1893 *La lutte des races*, donde, a partir de las categorías de Gobineau, desenvuelve una teoría que puede resumirse en esta frase "La perpetua

² Barzun, Jacques: *Race, A Study in Superstition*, Harper & Row, New York, 1965.

³ *Ibid.*, pág. 69.

⁴ "Essai sur..."; en: *Gobineau: Selected Political Writings*. Selección hecha por Michael D. Bidiss, Harper & Row, N.Y. 1971, págs. 87 y sigs. El texto completo del *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* ha sido publicado últimamente por Hubert Juin, Ed. Belford, París, 1967. Una obra digna de ser consultada acerca del pensamiento de Gobineau es la del propio Bidiss *The Racist Ideology of Count Gobineau*, Weidenfeld & Nicolson, London, 1970.

lucha de las razas es la ley de la historia, mientras que la paz perpetua no es más que el sueño de los idealistas”⁵.

Un alumno más radical de Gobineau resultó ser el francés Georges Vacher de Lapouge. En dos obras, *Les sélections sociales* (1896) y *L'Aryen et son rôle social* (1899) Lapouge sostiene que la calidad de un pueblo depende de la cantidad de elementos antropológicamente superiores que se encuentran en él, es decir, elementos arios. La lucha por la vida entre braquicéfalos y dolicocefalos es la clave de la historia.

Incluso llegó a afirmar: “Estoy convencido de que en el siglo próximo se degollarán a millones por uno o dos grados de más o de menos de índice cefálico”⁶.

Lapouge sostiene además la necesidad de las selecciones sociales. Así “al cabo de dos siglos se codearían los hombres de genio en la calle, y los equivalentes de nuestros más brillantes sabios serán empleados en trabajos de desmonte”⁷.

Más influencia que Vacher de Lapouge tuvo el sociólogo y psicólogo social, a más de antropólogo racista y hombre de mundo, Gustavo Le Bon. En 1894 publica “Les lois psychologiques de l'évolution des peuples” donde afirma, en lo esencial, que una raza presenta caracteres psicológicos casi tan fijos como sus caracteres físicos y que las guerras, cualquiera haya sido el motivo alegado para iniciarlas, siempre han sido guerras de raza. Sostiene también Le Bon que los cruzamientos han destruido las “razas naturales” y que las presentes son producto de las condiciones históricas.

Otros seguidores de Gobineau, que aportaron elementos a la visión racista de la sociedad y la historia, fueron Houston Stuart Chamberlain (*Las bases del siglo XIX*) (1899) y Alfred Rosenberg (*El Mito del Siglo XX*) (1930) quien llegó a ser uno de los jefes del Partido Nazi⁸.

⁵ Gumplowicz, Ludwig: *La lutte des races*. Citado por G. Weill en *La Europa del siglo XIX y la idea de nacionalidad* UTEHA, 1961, pág. 221.

⁶ Citado por Weill, pág. 223.

⁷ *Ibid.*, pág. 222.

⁸ La obra principal de Gustavo Le Bon, a diferencia de los otros nombrados, no se refiere al problema del racismo. Su título *Psicología de las masas* corresponde exactamente a su contenido. En cuanto a Rosenberg. Su obra fundamental, citada en el texto, compleja y de difícil lectura, está bien resumida en la selección a cargo de Robert Pois: *Race and Race History and other essays*, Harper & Row, N.Y. 1970. Para este estudio también hemos consultado: *Alfred Rosenberg et le Mythe du XXeme Siècle* por Pierre Grossclaude. Ed. SORLOT, 1938.

Las ideas racistas, con algunas variantes y complementos, fueron recogidas, en confusa mezcla con las de Darwin y Spencer, por Nicolás Palacios y, a través de éste, principalmente, por Encina. Cabero no es explícitamente racista, en el sentido étnico-biológico expuesto, con todo se refiere frecuentemente a los autores mencionados como observaremos cuando nos preocupemos de su obra.

3. NICOLÁS PALACIOS

Es el primero y el más definidamente racista de los autores que estudiaremos. Ya hemos señalado que su obra principal se titula "Raza Chilena" y fue escrita en 1904.

Médico, descendiente de agricultores de mediana situación económica, Palacios dedicó gran parte de su vida a la atención profesional del obrero salitrero de las provincias de Tarapacá y Antofagasta. Conoció, pues, íntimamente la realidad humana de ese sector proletario. Llegó a amar la figura del "roto", en cuanto a prototipo chileno, dedicando su obra como pensador a su defensa y exaltación.

Sin embargo, esa actitud no se expresó en la adopción de ideas políticas de carácter socialista⁹; tampoco de reivindicación económica. Por el contrario, su esfuerzo estuvo dirigido hacia la redención del roto por la vía de la demostración de su superioridad racial. Palacios fue profundamente aristocratizante en su populismo.

Palacios fue un hombre de amplias y desordenadas lecturas. Leyó lo que le llegaba por esa época desde Europa, y lo asimiló en bloque. Viajó además a Europa y los Estados Unidos, recibiendo de esas experiencias impresiones muy singulares. Su libro "Raza chilena" constituye una visión de la sociedad chilena a través de la óptica de sus lecturas y, en cierta medida, también de sus viajes. Es por esto que para comprender a Palacios es necesario (como lo hemos hecho) referirnos previamente a lo que fueron el racismo y el darwinismo social en el panorama intelectual de la Europa que conoció Palacios.

⁹ Palacios fue, dentro de su gran confusión ideológica, antisocialista, ideología que identificaba con las razas latina y judía y por tanto descalificaba. Afirma: "Si el apóstol del socialismo moderno y creador de la 'Internacional' hubiera firmado sus obras 'un judío', por ejemplo, en vez de Karl Marx, sus doctrinas habrían estado despojadas del prestigio de que goza en el mundo de la ciencia un nombre germano y sus protestas de amor a la humanidad habrían hecho sonreír hasta las piedras" ("Raza chilena", pág. 482).

Siendo la preocupación por la suerte del roto chileno la motivación principal de la obra de Palacios, desde un primer momento vio esta situación conectada con la crisis nacional de la que existía conciencia en Chile a comienzos del siglo XX. La explotación y postergación del elemento popular chileno eran síntoma de la decadencia nacional y en particular del sector social alto.

Para Palacios la solución del problema habría de abordarse en la forma de una acción de purificación racial. Escribe: "Harto atribulada está ya nuestra raza con la mancha gangrenosa que roe parte de su clase superior, para permitir que se crea que su cuerpo entero está corrompido. Por pequeña que sea la parte mortificada, el hedor de la gangrena trasmite todo el organismo i esa es la causa de que ya se divisen en la atmósfera algunos buitres famélicos que se acercan con rodeos mañosos creyéndolo un cadáver"¹⁰.

La explotación y en general el desprecio del roto lo ve como el fruto de la ignorancia y el errado concepto racial de los gobernantes de Chile. Le enfurece el desplazamiento social y laboral del chileno de origen por elementos latinos en los niveles bajo y medio. Dice: "No es sólo el peón y el artesano quienes sufren esa postergación hiriente por extraños a nuestra patria. La clase media, los que en los anteriores tiempos han logrado una situación holgada que les permitía abrigar la esperanza de que sus hijos adelantarán en posición social, también se ven desplazados en gran número. En la sola ciudad de Santiago están apareciendo profesionales de apellidos latinos en cantidad alarmante"¹¹.

Los latinos, entre los que Palacios no sólo incluye a los italianos sino también a los sectores no germanos de la población española, serían, pues, una raza inferior y su introducción en Chile constituiría un crimen y un despojo para con la raza chilena, que sería superior.

Lo central de la tesis de Palacios es pues la demostración de la superioridad de la raza chilena. En ese argumento se apoyan todo el resto de sus ideas. Analicemos, pues, por qué Palacios piensa que los chilenos constituirían una raza superior.

Palacios piensa que el pueblo chileno pertenece a una raza superior porque estaría conformado por el cruzamiento de dos razas de características patriarcales: la Araucana y la Gótica, representada por los conquistadores. Dice Palacios: "el descubridor i conquistador del nuevo mundo vino de España, pero su patria de orijen era la costa del

¹⁰ Palacios, Nicolás: *Raza chilena*, Imprenta y Litografía Alemana, Valparaíso, 1904, pág. 393.

¹¹ *Ibid.*, pág. 459.

mar Báltico, especialmente el sur de Suecia, la Gotia actual. Eran los descendientes directos de aquellos bárbaros rubios, guerreros i conquistadores, que en su éxodo al sur del continente europeo destruyeron el imperio romano de occidente (con minúsculas en el original) . . . Por los numerosos retratos y descripciones que conozco de los conquistadores de Chile, puedo asegurar que a lo sumo el diez por ciento de ellos presenta signos de mestizaje con la raza autóctona de España, con la raza ibera; el resto es de pura sangre teutona, como Pedro de Valdivia, cuyo retrato es tan conocido”¹². Y, más adelante afirma: “Los artesanos, los comerciantes, los letrados, que componían la otra raza peninsular, no tenían a qué venir, los que se aventuraban durante algún período de tregua (en la Guerra de Arauco), o los que se traían por fuerza algunas veces, se escapaban de aquí en cuanto se rompía la tregua”, etc.,¹³.

Los conquistadores godos habrían sido los padres de la raza. Las madres habrían sido las mujeres araucanas, pues: “La distancia entre la patria de origen de los conquistadores i la nuestra, i las dificultades que en aquel tiempo presentaba el viaje, obligaron a éstos a venir sin sus mujeres, i la prolongación indefinida de la lucha, con las inseguridades i escasas comodidades de la vida consiguientes, prolongó por muchos años este estado de cosas”¹⁴. Ahora bien: “La circunstancia de que en la producción de los mestizos sea una sola de las razas projenitoras la que aporte el elemento masculino i la otra el femenino, tiene en biología grande importancia para la uniformidad y estabilidad de la casta mestiza”¹⁵.

Con todo, el factor más importante para el feliz resultado del cruzamiento de ambas razas, habría consistido en que la araucana también es una raza patriarcal y por lo tanto superior. Pues “para los entendidos en sicología étnica, es suficiente saber que el araucano es netamente patriarcal”¹⁶. Hecho que para Palacios queda suficientemente comprobado porque tenían fáciles las lágrimas, se bañaban separados hombres y mujeres, y por otras pruebas igualmente concluyentes.

En la fundamentación de la superioridad de las razas patriarcales Palacios sigue de cerca a Gobineau: “todo elemento étnico esencial potente busca para hacer servir a sus fines al elemento débil que se en-

¹² *Ibid.*, pág. 4.

¹³ *Ibid.*, pág. 190.

¹⁴ *Ibid.*, pág. 13.

¹⁵ *Ibid.*, pág. 13.

¹⁶ *Ibid.*, pág. 222.

cuentra en su radio de potencia o que penetra en él. Esta tesis sobre la relación que presentan entre sí los elementos étnicos i sociales heterogéneos, esta tesis con las consecuencias que de ella se derivan, sin que se pueda exceptuar una sola, encierra la solución completa del enigma del proceso natural de la historia humana. Hai pruebas sobradas de que el elemento 'potente' i el elemento 'débil' corresponden al patriarcal y al matriarcal respectivamente"¹⁷.

De padres godos y madres araucanas descendería la raza chilena. El elemento masculino de la población araucana no habría influido mucho, pues: "A los prisioneros araucanos no se les daba ocasión de reproducirse, pues se les manejaba encerrados y amarrados con cadenas"¹⁸.

El mestizo resultante (raza chilena) sería, pues, indudablemente "patriarcal" y superior y conformaría una unidad étnica estabilizada y definida. Dice Palacios: "Poseo documentos numerosos y concluyentes, tanto antropológicos como históricos, que me permiten asegurar que el roto chileno es una entidad racial perfectamente definida y caracterizada"¹⁹.

En síntesis para Palacios: "cuatro principales son las afortunadas condiciones que han hecho posible el caso feliz para nuestra patria i tan raro en la historia de las razas humanas, de la formación de una raza mestiza permanente. La primera es que el número de los elementos componentes haya estado reducido al mínimun, esto es, a sólo dos, hasta que la raza era ya numerosa, lo que ha hecho relativamente fácil hallar la proporción en que el poder vital de los elementos étnicos

¹⁷ *Ibid.*, pág. 297. Para Palacios, más allá de los rasgos citados, las características patriarcales del pueblo araucano quedarían demostradas por la disparidad y diferenciación entre los sexos. Dice: "Es bueno dejar sentado que en cuerpo y en alma la raza araucana es tal vez aquella en que la diferenciación sexual ha llegado a su mayor desarrollo. Haciendo contraste con el carácter de energía indomable de sus hombres, aparece el genio humilde y rendido de la mujer de esa raza" (...) "Una doncella adulta araucana tiene las proporciones y fisonomía de una niña impúber, siendo unos quince o dieciséis centímetros más baja que el hombre, lo que, dada la escasa talla de la raza, es la desproporción más notable en toda la especie humana. La diferenciación sexual es, como toda diferenciación, uno de los caracteres más constantes y seguros del proceso orgánico" (...) "En la especie humana, las diferencias corporales y mentales se acrecientan entre los dos sexos a medida que se asciende en la escala étnica y aún en la escala social, según Le Bon, opinión acatada por Darwin" ("Raza chilena" págs. 225-226).

¹⁸ *Ibid.*, pág. 14.

¹⁹ *Ibid.*, pág. 2.

conjugados se equilibran. La segunda es que dichos elementos poseyeran sicologías semejantes, lo cual ha impedido que el proceso llamado por el sociólogo Lapouge 'selección social' tendiera a la separación de las naturalezas originales. La tercera, que cada una de las razas aportara durante todo el tiempo que duró el mestizaje un solo elemento sexual, lo que ha contribuido grandemente a la rápida uniformación del ser intermediario. La cuarta es que las dos razas primitivas fueran lo que se llama razas puras, esto es, poseyeran cualidades estables i fijas desde gran número de jeneraciones anteriores"²⁰.

Ya hemos dicho que todo el alegato de Palacios va dirigido a impedir la inmigración a Chile de latinos.

Dos notas más antes de hacer una breve crítica de la teoría de Palacios. La primera es hacer presente la enorme variedad de temas que abarca en el intento de comprobar sus ideas. Biología, genética, lingüística, sociología, política, todo sirve para sus fines. Desgraciadamente de la mezcla van surgiendo a lo largo de toda la obra confusiones y contradicciones demasiado evidentes. Por ejemplo; para Palacios el paradigma de una raza patriarcal que ha desarrollado sus potencialidades lo constituyen los países anglosajones y en particular a Teodoro Roosevelt ("Escritor, moralista, historiador de su patria, filósofo de envidiable fama i jefe político de la hora presente de los Estados Unidos de Norteamérica")²² en uno de sus héroes máximos. Pero no cae en cuenta que la explotación y la miseria de su amado "roto" se debe a la implantación de un imperialismo que en definitiva está dirigido por y beneficia a esas mismas naciones anglosajonas y el roto chileno, en esa relación, sin duda representa el eslabón "débil" y por lo tanto difícilmente concordante con su condición "patriarcal". Es además populista, pero anti igualitario; despectivo de los latinos pero gran admirador de la habilidad de los italianos, etc.

²⁰ *Ibíd.*, pág. 27.

²¹ *Ibíd.*, págs. 501-506. La admiración de Palacios por U.S.A. está estrechamente ligada a la idea de selección natural característica del racismo. Afirma: "Todos, políticos, hombres de negocios, profesores, artistas, fabricantes, artesanos, jornaleros, etc., trabajan allí hasta agotar su resistencia. Todo esfuerzo útil tiene su recompensa equitativa, y los hombres ocupan su nivel respectivo según el valor de sus esfuerzos, como los líquidos de diferente densidad lo ocupan en un vaso, según el similitud de Saussure". (...) "Jamás ha presenciado la humanidad una selección que se acercara de tal manera a la que emplea la despiadada naturaleza en la perfección de los seres, como recuerda Le Bon" ("Raza chilena" pág. 498).

²² *Ibíd.*, pág. 483.

El segundo aspecto que queremos mencionar es que en la obra de Palacios aparecen mencionados por su nombre muchos de los representantes del racismo y del darwinismo social que alcanzaron notoriedad en la Europa de la segunda mitad del siglo XIX. Se refiere a o menciona a: Darwin (págs. 226, 228, etc.); Spencer (págs. 228, 276, etc.); Lapouge (págs. 211, 302, etc.); Le Bon (págs. 327, 408, etc.); etc. . . . No cabe mucha duda, pues, cuáles fueron las fuentes de sus ideas acerca de la raza chilena.

Finalmente, a manera de una breve crítica, cabe decir que la teoría de Palacios es casi evidentemente errónea y ha sido fuertemente atacada (entre otros por Miguel de Unamuno). La idea de que los conquistadores fuesen godos puros no tiene base. Se sabe que la gran mayoría de los conquistadores eran andaluces o extremeños y no existe ninguna razón válida para presumir que procedían de "enclaves góticos" en esas provincias de España. Los enclaves góticos están en León y Castilla la Vieja.

La afirmación de Palacios de que el mestizo chileno también por vía materna sería patriarcal es errónea. El mestizaje no se realizó entre el conquistador y la mujer araucana (cuyas patriarcales características, como las del pudor y la fidelidad, son más que dudosas por lo demás) sino entre éste y las mujeres Picunches y Huilliches, grupos étnicos ambos que se sometieron rápidamente a la hueste española y no poseían las características patriarcales.

Muchas otras críticas de peso podrían hacerse a Palacios, pero si nos interesa lo que trascendió verdaderamente de su obra, hemos de preocuparnos ahora de Francisco Antonio Encina.

4. FRANCISCO ANTONIO ENCINA

Francisco Antonio Encina es quizá la persona que más ha influido en la configuración de la idea de su pasado histórico que tienen los chilenos en la actualidad. Su "Historia de Chile", a pesar de su gran extensión, ha sido leída (por lo menos parcialmente) por la mayor parte de los chilenos con un nivel cultural mediano. Más aún, en forma de resúmenes (como el que hiciera Leopoldo Castedo) o de manuales escolares, la visión interpretativa que del pasado chileno entregó Encina, es la que llega a todo chileno que haya pasado por la escuela secundaria.

Es por esto que resulta del mayor interés estudiar la ideología(s) subyacente(s) en la visión interpretativa de nuestro autor. Sin em-

bargo, ésta es una labor que trasciende forzosamente a este trabajo que se preocupa del racismo. Baste el afirmar, de modo general, que la idea que Encina tiene de Chile Republicano sigue de cerca el análisis (fundamentado en categorías tomadas de O. Spengler) que hace Alberto Edwards V. en su conocido ensayo "La Fronda Aristocrática". Y, que por lo que se refiere a Chile Colonial, recibe la influencia preponderante de Nicolás Palacios y con ésta la del pensamiento racista europeo, el que también conoció, según lo confiesa, por lectura directa.

Las influencias de Palacios y Edwards, que en cierta medida se complementan, son los dos pilares fundamentales de la idea de Chile histórico que desarrolla en muchos tomos Francisco Antonio Encina.

Por cierto que Encina, que no contaba entre sus virtudes con la modestia, pretende que el contenido de su obra es resultado del nacimiento de una nueva escuela historiográfica que representaría una ruptura con los que antes habían profundizado en el conocimiento del pasado chileno y constituiría una revisión drástica de sus métodos. Para demostrar esto escribió el libro "La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia" (1935)²³ en el cual defiende lo que llama (siguiendo a Macaulay) "el concepto de historia central o vertebral"; método que sería el de sus obras posteriores y que se asemeja mucho a la idea de Spengler (de quien niega haberla tomado) de considerar la intuición creadora como arma metodológica fundamental para el historiador. Encina, por otra parte (siguiendo una pista que entrega el mismo Spengler en la introducción a "La decadencia de Occidente"), afirma haber ideado su método a partir de la posibilidad de la aproximación directa y cuasi poética a la realidad histórica, como la de un Goethe.

Sin embargo, las influencias criollas que hemos mencionado son muy claras en Encina. De modo que, siguiendo en la línea de este breve análisis de las ideas racistas en algunos estudiosos del Chile histórico, nos abocaremos a estudiar sucintamente el racismo de Encina y su ligazón con el de Nicolás Palacios.

Ligazón reconocida por lo demás por el propio Encina, quien afirma:

"Palacios alumbró con luz fulgurante, excesiva, casi cegadora, el fenómeno que constituye la piedra angular de nuestra historia: la diferencia étnica original del pueblo chileno"²⁴ (...). "Con excepción

²³ Encina, Francisco Antonio: *La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia*. Ed. Nascimento, 1935.

²⁴ *Ibid.*, págs. 37-38.

de Nicolás Palacios, cuya rara agudeza psicológica le permitió ver la realidad, a través del hacinamiento de prejuicios científicos que aplastaron el cerebro del pensador, todos nuestros historiadores han partido de un doble error histórico y psicológico. Consiste el primero en suponer que el conquistador americano y el colonizador de Chile tenían la misma composición étnica que la masa de la población peninsular; y el segundo en prescindir de las consecuencias psicológicas del cruzamiento del conquistador con el aborígen”²⁵.

Encina, con su concepto de “historia central”, habría captado, una vez apartados los “prejuicios científicos”, este jirón de verdad racista de entre la chata y miope acumulación de datos que habría sido la literatura histórica chilena hasta su nacimiento. Y, aparentemente, lo habría captado bien, pues afirma casi exactamente lo mismo que Palacios: “al despuntar el siglo XVI, la masa de la población española estaba formada por el elemento autóctono dolicocefalo, moreno, de corta estatura y de cabellos negros y crespos que nos describe Tácito, el ibero, rama de la gran familia afrosemítica, que la antropología moderna ha incluido en el *Homus Mediterraneus*. Antropológicamente, persistían aún las huellas de los cruzamientos con el celta y con otros pueblos; pero psicológicamente parecían ya eliminadas estas sangres. Aun mal refundidos se incrustaban en el elemento autóctono los restos del pueblo godo salvados de Janda (Guadalete). Raza nórdica de elevada estatura, dolicocefala, rubia, de ojos azules, era antropológica y psicológicamente la antítesis de la ibera. Atados por el lazo de una misma historia, iberos y godos convivían, conservando el último la iniciativa militar y política que fluía de su carácter expansivo y aventurero, pero arrastrando durante la paz una existencia precaria, a causa del débil desarrollo de su aptitudes económicas”.

“La conquista de América atrajo de preferencia al español de psicología goda. Un campo de acción vasto como el mundo y peligroso como los elementos, tentó su espíritu de lucha y aventura. Posibilidades inmensurables de fortuna, de gloria y de poderío golpearon a las puertas de los segundones, de los bastardos y de todos los que tenían poco que dejar y coraje sin empleo. El conquistador de América traía, pues, en sus venas un porcentaje de sangre goda que es imposible de avaluar, etc. (...). Palacios exageró, sin duda, este porcentaje; más si fuera forzoso optar entre su exageración y la miopía de los

²⁵ *Ibid.*, págs. 19-20.

historiadores, la realidad estaría más próxima de Palacios que de Barros Arana”²⁶.

Por otra parte, entre los ibero-godos que conquistaron América, los que llegaron a Chile habrían tenido aun más porcentaje de sangre germana que los radicados en otros países. “La selección psicológica engendró una selección étnica: el castellano viejo, el andaluz, el leonés, el extremeño, etc., que pasaron a Chile, traían en sus venas una alta proporción de sangre germana. Esta sangre, dispersa en la península en un corto número de individuos, que salpicaban la gran masa, se concentró en Chile en los doce mil mestizos ibero-godos que vinieron hasta 1630, y, en menor proporción, en lo que continuaron llegando más tarde; y pesó sobre el temperamento, el carácter y el intelecto chilenos”²⁷.

(...) “Este mismo temperamento del conquistador persistió en Chile a través de la Colonia y ha continuado predominando en las clases altas y medias durante la república, sin otros cambios que la menor energía y tenacidad de las reacciones”²⁸. Pues a esta sangre ibero-goda “la capa vasca la recubrió en las postrimerías de la Colonia, sin destruirla (...). Herencia suya es, en gran parte, el sentimiento religioso de la alta sociedad”, etc.²⁹.

Como vemos, de manera parecida al caso de Francia para Gobineau, la estratificación de la sociedad chilena y la legitimidad política aristocrática que de ésta surge, tienen para Encina una explicación racista. Bien explícitos son los párrafos ya citados en relación a este punto. Con todo, aun más claro es el siguiente: “Se produjo así (en Chile) una estratificación originalísima. Eliminadas las numerosas excepciones, como las ya citadas de Juan Valiente, mestizo negro, de los Lisperguer y Gonzalo Martínez, mestizos aborígenes que pasaron de golpe a la alta aristocracia, para considerar sólo los grandes números, la sociedad chilena quedó constituida por una gama social que, en general, coincide con la gama étnica: arriba, el chileno más cargado de sangre española, y, abajo, el más cargado de sangre aborígena”³⁰. Como vimos la inmigración vasca del siglo XVIII, si bien habría alterado la composición del estrato superior, habría mantenido su predominio social.

²⁶ *Ibíd.*, págs. 21-22.

²⁷ Encina, Francisco Antonio: *Historia de Chile*, Ed. Nascimento, 1949. Tomo III. Pág. 59.

²⁸ *Ibíd.*, Pág. 60.

²⁹ *Ibíd.*, Tomo V. Pág. 23.

³⁰ *Ibíd.*, Tomo IV. Pág. 69.

Con todo, para Encina, como para Palacios, la chilena es una nación notablemente homogénea racialmente y esto ha determinado su historia: "si tendemos la mirada a lo largo del territorio desde Copiapó al Bío-Bío, advertiremos la más absoluta unidad racial. La gama es la misma desde el desierto hasta los bosques australes: habla un mismo idioma y siente y piensa igual. Entre los pueblos hispanoamericanos, el chileno es el que desembocó a la independencia con más unidad racial. Este es un factor sociológico capital en nuestra evolución histórica"³¹.

Pero para Encina, la sangre determina incluso los matices de los caracteres individuales. Hablando de Carrera dice: "En su sangre hay algo de demoníaco, que parece venir del oidor Verdugo, a través de su madre, en herencia cruzada. De ese algo demoníaco arranca la simpatía y la gracia que conquistó a las mujeres; su carácter festivo y travieso, que ató a su causa a los ligeros de cascós; y su llaneza, su generosidad, etc."³².

De Manuel Montt afirma lo siguiente: "La sangre de los antepasados de don Manuel Montt proyecta tanta luz sobre su psicología y la personalidad del mandatario, que es indispensable recordarlas, siquiere sea a grandes rasgos.

(...) La fuerza hereditaria acumulada de la sangre catalana, en su primer cruzamiento en América, apenas recibió el matiz de una ligera adición de sangres extremeña y criolla (Encina se refiere al matrimonio de don José Montt, antecesor directo de don Manuel). Don Luis de Cabrera, padre de doña Adriana (la cónyuge de don José), nació en Granada (...), pero tanto él como su esposa, doña Clara Espín de Arroyo, eran, lo mismo que los Montt, oriundos del principado de Cataluña. Aportó, también, doña Adriana un cuarto de sangre extremeña por su abuelo, don Francisco Alguacil de Paredes, y un cuarto de sangre criolla, de la corriente en la aristocracia colonial limeña.

"(...) Poco pudo el cuarto de sangre extremeña, en guerra con el otro cuarto de sangre criolla, en la mezcla con los tres cuartos de recia sangre catalana, etc."

En fin: "Del antagonismo orgánico, impalpable entre las sangres catalana y vasca, emana el hecho insólito de que la aristocracia chilena, a diferencia de lo que ocurrió con Portales, jamás sintió a Montt uno de los suyos, a pesar de haberlo impuesto como Presidente en un

³¹ Ibid. Tomo V. Pág. 648.

³² Ibid. Tomo VI. Pág. 329.

trance en que sintió amagados sus destinos. De aquí el hecho, aún más insólito, de que, mientras las grandes columnas del régimen portaliano volvieron las espaldas al representante más preclaro de la creación genial, la mayoría de los militares, por cuyas venas circulaban aún gotas de la sangre de la vieja aristocracia arruinada, que empezaron de malas ganas y sólo por lavar la afrenta de Barón, a hacerse matar por un civil, contra su propio general, ungido candidato por una alianza de aristócratas retrógrados y juventud revolucionaria, acabaron idolatrando a Montt. No era psicológicamente uno de los suyos; pero era el mesías que su subconsciente esperaba; el vengador cuya planta debía hollar la soberbia del vasco advenedizo que suplantó a sus antepasados"³³.

Encina, como Le Bon, se preocupa fundamentalmente del factor psicológico en cuanto elemento definitorio de una raza. De allí que, al privilegiar este elemento, Encina, cuando se refiere a la raza, es contradictorio, pues en contraposición con la terminología científica reproducida en las citas anteriores, cuando intenta definir el concepto de raza lo hace más bien en términos culturales: "La raza no es algo estático e inmóvil en el devenir de la vida, a la manera que el común de los pensadores se representan a la razón humana: cambia, ora lenta ora activamente, pero cambia a toda hora. El historiador que no tenga sensibilidad cerebral para percibir estas mudanzas está perdido. Necesita darse cuenta en cada momento histórico de las alteraciones en la composición racial no por ella, sino por las consecuencias en la manera de pensar y sentir colectivos, y auscultar cuidadosamente las disposiciones sentimentales de los diversos elementos entre sí y los cambios originados por las influencias internas y externas de todo orden y por el propio desarrollo social"³⁴.

Por otra parte, si bien Encina toma de Palacios el trasfondo racista en cuanto clave de la historia de Chile, no concuerda Encina con Palacios en cuanto a las virtudes raciales de los antecesores indígenas de los chilenos. Por el contrario, en Chile, como en el resto de América, habría sido precisamente el mestizaje lo que habría corrompido al elemento godo superior. Dice: "La misma selección que sangró el caudal de eugenismo del pueblo español, debió engendrar en Chile un pueblo excepcionalmente dotado de energía vital latente, si, como ocurrió con América del Norte, los conquistadores hubieran conservado la pu-

³³ *Ibid.* Tomo XIII. Págs. 8, 9, 10, 11.

³⁴ *Ibid.* Pág. 272.

reza de su sangre europea, y su volumen les hubiera permitido crear, por su solo esfuerzo, una civilización en un extremo aislado del mundo. Pero lo mismo que en el resto de la América española, desde el primer momento el conquistador mezcló su sangre con las razas aborígenes, aún detenidas en los tramos bajos de la escala de la evolución social. Su rico contenido de energía vital, ya semi transformada en energía mental, se diluyó en las grandes masas autóctonas, para dar vida a una nueva raza, y recomenzar el ascenso desde tramos más bajos”³⁵.

Para Encina, pues, sería precisamente el cruzamiento con el indígena lo que habría privado a Chile de un mejor destino histórico; y en concordancia con esta idea, Encina privilegia en su “Historia de Chile” los regímenes conservadores, representantes genuinos de las características de la raza chilena en lo que tiene de superior: la tradición castellano-vasca (“alma colectiva”) arraigada en el grupo de los notables de Santiago, sector social que habría conservado un porcentaje superior de sangre goda que el resto del país.

También la decadencia que Encina cree descubrir en el Chile de comienzos del siglo XX tendría su explicación, por lo menos parcial, en el factor racial. El problema derivaría de la brecha que se había ido produciendo a lo largo del siglo XIX entre las escasas aptitudes económicas naturales de la raza chilena (debilitadas aún más por la educación humanista y libresca que se impartía entonces) y los requerimientos económicos de una sociedad industrial moderna. Esta es la hipótesis central de su libro “Nuestra inferioridad económica”.

Para concluir con Encina, es preciso hacer mención de que su racismo no deriva exclusivamente de Palacios. También él leyó la literatura europea racista de fines del siglo XIX. Incluso tiene un breve análisis de la obra de Gobineau en las últimas páginas de “La literatura histórica chilena”. Se refiere asimismo a Vacher de Lapouge (III-8) y a Le Bon (V-658) en su “Historia de Chile”. Las conexiones que hace en “Nuestra inferioridad económica” entre economía, sociedad y raza, reflejan también un manejo de la sociología derivada del darwinismo social, hasta llegar a afirmar: “La absorción del más débil es un hecho sociológico firmemente asentado, etc”³⁶.

³⁵ *Ibid.*, Tomo V. Págs. 643, 644.

³⁶ Encina, Francisco Antonio: *Nuestra Inferioridad Económica*. Imprenta Universitaria, 1912. Citado por Teresa Pereira, en: *El Pensamiento de Encina*. Ed. Gabriela Mistral, 1974, 137.

5. ALBERTO CABERO

Cabero, al igual que los autores ya analizados, tiene una concepción racista del devenir de la sociedad chilena. Sin embargo, en Cabero el concepto de raza pierde casi completamente su fundamento biológico para tomar características definitivamente culturales, psicológicas e idealistas (espirituales en lenguaje de nuestro autor). Para Cabero lo fundamental para definir una raza es lo que llama "alma colectiva"³⁷. Dice Cabero: "Para inquirir y diseñar el alma de una raza hay dificultades insuperables. Es difícil conocer el alma individual, oculta muchas veces bajo una máscara física distinta; más lo es aún conocer el alma de una multitud, llámese asamblea, muchedumbre, pueblo y que responde a una complejidad de causas biológicas, sociales y físicas... Además, en un país varía de una región a otra, en diversos momentos de su historia y por las psicologías de clases sociales, gremios, profesiones, sexo, etc."³⁸.

Al aseverar lo anterior, Cabero, como Alberto Edwards y otros intelectuales de comienzos de siglo, recoge la influencia del vitalismo, tendencia intelectual que adquirió su máxima expresión en la obra de Oswald Spengler. Pero el vitalismo de Cabero tiene una conexión con lo racial mucho más clara que el del pensador europeo. De allí que afirme: "Cada pueblo posee un alma colectiva, típica, susceptible de modificaciones lentas; pues a pesar de que los individuos de que se componen cambian constantemente, la raza conserva rasgos psicológicos y físicos que persisten, no obstante las influencias del medio social y las generaciones de hombres que se suceden y los acontecimientos que trastornan al mundo"³⁹. Los elementos que hay que considerar para estudiar el alma de un pueblo son: "los estáticos, formados por la herencia y el medio físico que subsisten a través de las mutaciones producidas por la vida social, y los dinámicos formados por las fuerzas psico-sociales que transforman los elementos estáticos"⁴⁰.

Cabero considera, pues, la raza (en el sentido biológico estricto) como uno de los elementos configurativos del alma de un pueblo, pero este no sería el único ni el más importante. Así, contradice a Palacios expresamente: "Carece, pues, de base la afirmación del doctor

³⁷ En lo que refleja una posible influencia de O. Spengler.

³⁸ Cabero, Alberto: *Chile y los chilenos*. Ed. Nascimento, Santiago, 1926. pág. 12.

³⁹ *Ibid.*, pág. 15.

⁴⁰ *Ibid.*, pág. 17.

Nicolás Palacios hecha en su obra patriótica, no científica *Raza Chilena*, al asegurar que los conquistadores eran de pura raza teutona, etc. . . . y que el roto chileno es araucano gótico, etc. . . . Sus afirmaciones proceden, 'ya de premisas falsas', ya del hecho cierto de encontrarse las características de la raza gótica en algunos ejemplares de campesinos, sin mezcla de sangre indígena y de encontrarse comúnmente en las clases dirigentes los rasgos distintos de las razas latina, hebrea o céltica. Pero ello no es suficiente para generalizar y dogmatizar en la forma que lo ha hecho" ⁴¹.

Siendo la raza para Cabero más bien un concepto cultural y psicológico, que biológico, ésta evolucionaría: "El alma de la raza evoluciona como todo hecho social, impulsada por las nuevas adquisiciones hereditarias, originadas por las circunstancias influyentes, como las condiciones del desenvolvimiento económico, la selección, la educación, etc. . . . En virtud de ellas, al cabo de siglos cambian los modos de sentir y pensar del pueblo y religiosa, social y económicamente la raza es distinta de lo que fue en época anterior" ⁴². "Cualquiera que sea, pues, su origen, una raza puede adquirir en su evolución energía de voluntad, probidad, devoción del deber, espíritu humanitario y progresista, y este carácter adquirido se herederá en menor grado que los caracteres congénitos; mas, al mismo tiempo, esta herencia, mantenida durante varias generaciones, llega a tener tal arraigo que se hereda con tanta energía como si fuera congénita" ⁴³.

Ahora bien, ¿cuáles serían para Cabero los elementos constitutivos de la raza chilena, cuáles los adquiridos posteriormente y cuáles sus características presentes?

En relación a los primeros, verdaderos elementos raciales "biológicos", dice: "Los conquistadores procedieron en su mayor parte del centro y sur de España. La conquista fue obra de Andalucía, Extremadura, Castilla y León; los oriundos de estas provincias alcanzaron hasta el año 1630 a componer el 80% de la población española" ⁴⁴. Así: "la raza paterna fue la conquistadora, producto étnico en que predomina la civilización latina y que procede de diez razas por lo menos: celtas, fenicios, cartagineses, romanos, judíos, visigodos, vándalos, alanos, árabes y berberiscos" ⁴⁵.

⁴¹ *Ibid.*, pág. 85.

⁴² *Ibid.*, pág. 21.

⁴³ *Ibid.*, pág. 106.

⁴⁴ *Ibid.*, pág. 101.

⁴⁵ *Ibid.*, pág. 84.

Estos fueron los varones que aportaron su sangre al nacimiento de la nación chilena. El elemento femenino fue aportado por las indias: "en 1598 habían llegado a Chile del Perú 3.670 soldados españoles y mestizos, algunos trayendo indígenas peruanos; los demás se unieron en Chile con indias descendientes de quechuas que residían en Chile desde la conquista de los Incas, con indígenas chilenas del norte y centro del país y en su mayor número con mestizas chilenas incorporadas ya a la sociedad"⁴⁶... "Los indios mapuches del centro, más pacíficos que los araucanos puros y tan vigorosos como éstos constituyeron principalmente el factor femenino de la raza chilena"⁴⁷.

Los andaluces, extremeños, castellanos que habían conquistado Chile no eran godos: "Los países iberoamericanos son de mentalidad latina por la influencia de la legislación española de origen romano; del castellano y portugués, lenguas romances; del catolicismo que tiene su sede en Roma y habla en latín; etc."⁴⁸. De modo que: "los hispanoamericanos tenemos, en general atenuadas o exageradas, las virtudes o vicios de los países neolatinos. Estos tienen poder de imaginación, sentido artístico, inventiva, genialidad, inteligencia brillante y flexible, muy a menudo superficial, facilidad oratoria, culto por las formas bellas, etc."⁴⁹.

Estas características propias de los pueblos progenitores de la nación chilena fueron influidas por otros elementos que entraron a actuar sobre el mestizo resultante del cruzamiento. Entre éstos, Cabero incluye: el clima⁵⁰, extensión y relieve geográficos⁵¹, ríos y costas⁵²; alimentación⁵³ modos de producción⁵⁴; aislamiento geográfico⁵⁵; educación⁵⁶; hombres superiores⁵⁷; etc. La simbiosis entre el factor social-biológico originario y los elementos actuantes sobre éste habrían dado sus características relativamente estables a la raza chilena actual.

Así los chilenos serían: "de carácter normal, templado, pródigos, hospitalarios, cautelosos, suspicaces, irregularmente industriosos, difi-

⁴⁶ *Ibid.*, pág. 100.

⁴⁷ *Ibid.*, pág. 84.

⁴⁸ *Ibid.*, pág. 52.

⁴⁹ *Ibid.*, pág. 53.

⁵⁰ *Ibid.*, pág. 35.

⁵¹ *Ibid.*, pág. 37.

⁵² *Ibid.*

⁵³ *Ibid.*, pág. 38.

⁵⁴ *Ibid.*

⁵⁵ *Ibid.*, pág. 40.

⁵⁶ *Ibid.*, pág. 174.

⁵⁷ *Ibid.*, pág. 167.

ciles y tardos para entusiasmarse, poco sentimentales, parcos en los elogios y duros en las censuras”⁵⁸. Los chilenos serían además: tenaces, despectivos del peligro, tristes, crueles, individualistas, inconstantes, envidiosos, supersticiosos, sensuales y dados al alcoholismo y juegos de azar; pero al mismo tiempo serían: de gran resistencia física, inteligentes y patriotas. Tendrían espíritu guerrero, pero serían antimilitaristas. Tendrían, además, desinterés económico en el cumplimiento de los deberes o funciones públicos, honradez internacional, apego a la tierra, orgullo racial y sentimiento de superioridad frente a otras razas de Hispanoamérica.

Como podemos apreciar, esta descripción que hace Cabero corresponde más bien a un análisis sociocultural que propiamente racial de los chilenos.

Los motivos de Cabero son nacionalistas y el racismo cultural que desarrolla está en función de aquéllos. Así, aun cuando, como Encina y Palacios, no deja de mencionar a racistas biológicos europeos en apoyo de sus opiniones (Le Bon, págs. 20, 53, 105, 107; Chamberlain, pág. 108), parece ser el nacionalismo europeo en boga durante la época que escribe lo que marca su obra más claramente.

Puede explicarse esta situación si se tiene en cuenta que hacia 1926 los racistas decimonónicos habían decaído en su prestigio científico en tanto que el racismo del siglo XX (Rosemberg y los nazis) no habían alcanzado la importancia europea y planetaria que tuvieron algunos años después.

Cabe todavía la pregunta si en el racismo cultural y nacionalista de Cabero es detectable una influencia fascista.

¿Viene de allí, por ejemplo, su crítica al sistema democrático parlamentario chileno? La respuesta es negativa. Cabero no deja de destacar que la democracia “realiza mayor suma de felicidad para el más grande número de ciudadanos”⁵⁹, y compara al fascismo italiano con la dictadura del proletariado en la Unión Soviética.

CONCLUSIÓN

Los escritores que hemos analizado señalan una tendencia. Del racismo científico o seudocientífico de Palacios se pasa a Encina, quien si bien comulga con las tesis del autor de *Raza chilena*, lo tacha de

⁵⁸ *Ibid.*, pág. 156.

⁵⁹ *Ibid.*, pág. 403.

exagerado y pone (aunque algo confusamente) un sello de duda sobre su cientificidad. Una evolución mayor del motivo racista está contenida en las ideas de Alberto Cabero, quien si bien acepta la existencia de las razas, cree que éstas responderían más bien a conceptos culturales o sociológicos que a constantes biológicas.

Los tres autores acompañan su racismo con un definido nacionalismo, y los tres (incluso Palacios, aunque su caso es "sui generis") muestran tendencias conservadoras. También es común a los tres la conciencia de estar viviendo una crisis nacional, siendo el sector más afectado por ella la clase alta chilena.

Las obras de los tres autores han tenido importancia diversa. Palacios, por lo extremo de sus tesis, es considerado poco serio. Pero sus ideas moderadas e interpretadas por Encina, como ya lo hemos dicho, son importantes en la visión que el chileno medio tiene de su pasado. Cabero, a nuestro juicio el más ponderado y de opiniones más matizadas, es en la actualidad casi un desconocido.